

**LA MALA CONCIENCIA Y LA INVERSIÓN DE LA CRUELDAD EN**

**FRIEDRICH NIETZSCHE**



# Universidad del Cauca

**CRISTIAN DAVID ALVARADO SALAZAR**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

**PROGRAMA DE FILOSOFÍA**

**POPAYÁN**

**2021**

**LA MALA CONCIENCIA Y LA INVERSIÓN DE LA CRUELDAD EN  
FRIEDRICH NIETZSCHE**

**CRISTIAN DAVID ALVARADO SALAZAR**

**Trabajo de grado presentado como requisito para optar por el título de filósofo**

**Modalidad Seminario de Grado**

**Directora**

**ELENA ISABEL HIDALGO MESIAS**

**(Magister en filosofía)**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

**PROGRAMA DE FILOSOFÍA**

**POPAYÁN**

**2021**

## Índice

Resumen .....	4
Introducción.....	5
I: El recorrido de la moral. Un camino hacia la mala conciencia.....	9
1.1. Aproximación a la moral .....	9
1.2 Transición de la moral cristiana a la culpa.....	11
1.3 La crueldad en la conciencia .....	15
II: La inversión de la crueldad en Friedrich Nietzsche .....	18
III. Conclusiones.....	26
Referencias bibliográficas .....	29

## Resumen

Alrededor del concepto de crueldad, se conocen varias definiciones, casi todas encaminadas a definirla como una acción inhumana que se dirige hacia el otro o, simplemente hacia fuera de sí. En la tradición filosófica es bien conocido el ejercicio de revisión de las concepciones respecto a la moral, teniendo diferentes modos de acercamiento. En el caso que nos ocupa, dedicaremos atención a la filosofía de Friedrich Nietzsche, partiendo de su recorrido genealógico para el entendimiento de la moral y su influencia en la cultura de occidente. Nos centraremos en dos conceptos, el concepto principal a trabajar será el de la crueldad, el cual, para el filósofo alemán, no sólo se dirige hacia afuera, sino también, contra sí mismo. Luego relacionaremos el concepto de crueldad con el de mala conciencia, pues ésta última se genera cuando se es cruel consigo mismo. El texto base que se trabajará será *La genealogía de la moral (2005)* del autor alemán ya mencionado, en especial los dos primeros tratados de éste; así también, el apartado sobre el instinto de crueldad en Friedrich Nietzsche del texto *Lógica de la crueldad (2014)* del filósofo español Joan-Carles Mèlich, como complemento y aclarador del concepto de crueldad.

## Introducción

Este trabajo surge de la pregunta de si, para Friedrich Nietzsche, el surgimiento de la mala conciencia en el hombre se convierte en una forma de crueldad contra sí mismo. Para llegar a dicho fin, habrá que sujetarse al rastreo histórico que plantea el filósofo alemán en su obra *La genealogía de la moral* para, primero, identificar cómo surge la moralidad cristiana y, posteriormente, cómo se relaciona con los conceptos de *culpa*, *deuda* y *mala conciencia*.

Sobre el concepto de crueldad existen diversas definiciones a lo largo de la historia: Se la ha definido como un vicio (Séneca), como una enfermedad (Hobbes, Butler, Hume), o también como algo nauseabundo, que se debe evitar a toda costa (Montaigne). Proviene del latín “*crudelis*”: insensible, hiriente, despiadado, duro de corazón, duro, no natural. En el diccionario de la RAE, una persona cruel designa a quien se deleita en hacer sufrir o ver sufrir a otros. Todas estas definiciones, aunque variadas, traen consigo un común denominador, a saber, se refieren a una acción que se ejerce sobre otro(s), o que, en otras palabras, se exterioriza.

Friedrich Nietzsche logró ver que la crueldad no se manifiesta solamente descargando todo tipo de afrentas contra los demás, ya sea para demostrar poder sobre ellos, o por el simple hecho de sentir placer haciéndolo, sino que también existe una crueldad que se interioriza, que se vuelve contra uno mismo. Además, la crueldad tiene para Nietzsche otra característica no menor, la de formar parte de la esencia del hombre, ser un instinto básico de él, por eso disfruta viendo sufrir y haciendo sufrir más todavía.

Esta crueldad contra sí mismo, a la luz del filósofo alemán, será la generadora de la mala conciencia en el ser humano. Como lo afirma Fink en su texto *La filosofía de Nietzsche*: “La mala conciencia no es más que un instinto de crueldad refrenado en su desahogo hacia fuera

y que, por ello, se ha vuelto hacia dentro” (Fink, 2019, pág. 107). Sin embargo, el surgimiento de ésta también se fundamenta y tiene su desarrollo en el cristianismo, dado que ella no es algo sustancial al ser humano, sino producto de una herencia cristiana.

Al hablar de la relación del surgimiento de la mala conciencia con el cristianismo, es necesario ajustarse al rastreo genealógico que hace Friedrich Nietzsche en su obra *La genealogía de la moral* (2005), donde a esta moral desde el principio le da un carácter cristiano, en el sentido que, según el filósofo alemán, fueron los sacerdotes quienes, como producto de su odio, hicieron la inversión de valores para declararse junto con los plebeyos como moralmente buenos. Más adelante, en este rastreo, aparecerán los conceptos de *culpa* y *deuda*, los cuales son de índole tanto material como moral<sup>1</sup>, y con este carácter moral estarán relacionados también con el cristianismo. Nietzsche en este danzar genealógico, ubica al ser humano como un ser social: al ser humano, un ser que antes se entregaba ciegamente a sus impulsos, pero que ahora, ubicado en el marco de una sociedad, debe cumplir ciertas normas, ciertos deberes y comportamientos acordes al contexto. Esta sociedad creaba a la par de deberes éticos (los necesarios para una sana convivencia en sociedad, como el respeto y la tolerancia hacia los demás, la solidaridad entre ellos, entre otros), deberes morales (los relacionados con las imposiciones y restricciones hechas por la iglesia). Como consecuencia,

---

<sup>1</sup> La culpa y la deuda en Nietzsche no sólo se manifiestan como el compromiso adquirido con otra persona al empeñar objetos, bienes, o cosas de esta índole material, sino que también se refieren a esos sentimientos adquiridos en el ser humano gracias a la tradición cristiana. De esta manera, a la triada, culpa, deuda y mala conciencia se le suma la crueldad. Esto significa que la persona no sólo actúa hacia afuera, no sólo tiene la voluntad de realizar determinadas acciones o tener determinados deseos, pensamientos, aspiraciones, sino que todas estas están íntimamente relacionadas con la conciencia, con la que para el filósofo es “la mala conciencia”. En ese sentido, las acciones son dirigidas por la moral y, a su vez, generan un verdugo interior que hace al humano cumplir o culpabilizarse. La culpa es uno de los primeros rasgos de la crueldad.

el hombre deberá no sólo frenar, sino también interiorizar esos impulsos que antes libremente exteriorizaba.

Más adelante en este texto, y como parte final, en el segundo capítulo se expondrá la forma en que Friedrich Nietzsche intuye que la crueldad no es una fuerza que meramente se exterioriza, sino que también se vuelve contra sí mismo. A esto se le denomina como una forma de “auto-crueldad”<sup>2</sup>. La crueldad desde Nietzsche nunca ha sido una instancia desvalorizada ni condenada de mala manera, por lo cual, en este apartado se podrá encontrar, como contrario a ello, una forma de la crueldad como voluntad de vida, como un medio para la evolución o el desarrollo de una sociedad, y también como una instancia constitutiva del ser humano y un retorno a su profunda naturaleza animal.

El interés por hacer este trabajo, surge en gran medida por el concepto de *crueldad*, el cual, a mi parecer, no ha tenido un estudio muy rico en el campo de la filosofía. En general, se entiende la crueldad como la descarga de violencia contra alguien o el placer de presenciar actos de este tipo, pero en Friedrich Nietzsche se va a encontrar una tesis innovadora sobre este tema, sin más, que la peor crueldad es la que se ejerce contra uno mismo.

A mi parecer, el tema de la crueldad y los afines a éste son muy oportunos como objeto de estudio, por lo que también quisiera que se despertase en la comunidad de las academias filosóficas y demás el mismo gusto hacia estos temas para un futuro desarrollo. Al adentrarse en estas cuestiones, que son generalmente denominadas de poco valor o importancia, se

---

<sup>2</sup> Aquí usé esta palabra para referirme a la forma en la que la crueldad no solo se da hacia afuera, sino hacia dentro del ser humano. En un primer momento esta crueldad puede desenvolverse exclusivamente en la conciencia y manifestarse en el sentimiento de culpa, remordimiento, arrepentimiento y demás. No obstante, posteriormente puede desencadenar malestares psicológicos más profundos, como depresión, ira, paranoia, etc. Si bien la crueldad se da en el campo mental en un primer momento, ésta puede volverse también auto-flagelación u otro tipo de daños físicos.

descubren nuevas perspectivas, tanto en la interpretación de los autores como de los conceptos que ellos abordan. Además, con respecto a estos temas, no es necesario dirigir la mirada muy lejos, puesto que son evidentes en nuestra más inmediata cotidianidad.



## **I: El recorrido de la moral. Un camino hacia la mala conciencia**

Este primer capítulo se dividirá en tres aspectos que lo fundamentarán: el primero será una aproximación al rastreo histórico y genealógico de la moral realizado por Friedrich Nietzsche en su obra *La genealogía de la moral*. Esta aproximación es menester para exponer en el segundo aspecto la transición de la moral a los conceptos de culpa, deuda y mala conciencia. Este último concepto es de gran importancia para poder saber en un tercer momento, a la luz del filósofo alemán, si el surgimiento de ésta ha llevado al hombre a ser cruel consigo mismo.

### **1.1. Aproximación a la moral**

Para Friedrich Nietzsche, la moral no es lo más elevado del espíritu humano, sino que, en un principio, fue una verdad que logró imponerse por sobre las demás verdades. Es decir que, los nobles, los poderosos, se valoraron a sí mismos como buenos (moral de señores), como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo y plebeyo. Esta moral de señores significaba para Nietzsche la afirmación de la vida o de todo lo vital. Ella se va a dividir en dos: una moral de guerreros y otra moral de sacerdotes. La primera tiene relación con las castas guerreras que surgieron en la antigüedad clásica: para ellos, el bien o sus valores eran la honorabilidad, la fuerza y la valentía, las virtudes del cuerpo, ser inflexible e impiadoso en la toma de decisiones. La segunda: la casta sacerdotal, es decir, la moral del pueblo, la cual tenía muchos menos beneficios que la casta guerrera, ya que, no gozaban de la misma fuerza y vigorosidad de aquella. Por lo anterior, se va a generar una rivalidad, un conflicto por el poder: una casta intentará imponerse sobre la otra. Evidentemente, los débiles, es decir, la casta sacerdotal, no pueden vencer a los fuertes en el campo de batalla, en el conflicto, razón

por la cual se inventan una nueva moral que denigrará todos los valores en los que se cimentaba o sustentaba la casta guerrera gobernante y por lo cual era tan poderosa.

Esta fue la moral de esclavos, en la que sus valores eran la paz, la bondad, la sumisión, es decir, todos los valores que realzaran la debilidad: negar la vida y afirmar, consecuentemente, la otra vida, la vida ultraterrena. Se la puede denominar también como la venganza de los débiles sobre los poderosos, sobre los amos o guerreros, pero sobre todo una venganza en contra de la vida, puesto que no podían disfrutar de aquella vitalidad de la que sí gozaba la casta guerrera. Así, negaron que sus valores fueran buenos: ahora, todo lo honorable o respetable se convirtió en bajo, despreciable y ruin. Todo lo que antes era vital, era ahora perverso. Gracias a la voluntad de poder logró imponerse la voluntad de los sacerdotes sobre la de los guerreros.

La impotencia de los sacerdotes, al no gozar de la misma fuerza y vitalidad de los guerreros, fue la que generó ese odio abismal que les permitió realizar la inversión de valores, con la cual comienza la rebelión de los esclavos en la moral, la moral del cristianismo:

Nada de lo que en la tierra se ha hecho contra «los nobles», «los violentos», «los señores», «los poderosos», merece ser mencionado si se lo compara con lo que *los judíos* han hecho contra ellos: los judíos, ese pueblo sacerdotal, que no ha sabido tomar satisfacción de sus enemigos y dominadores más que con una radical transvaloración de los valores propios de éstos, es decir, por un acto de la *más espiritual venganza*. [...] Han sido los judíos los que, con una consecuencia lógica aterradora, se han atrevido a invertir la identificación aristocrática de los valores (bueno = noble = poderoso = bello = feliz = amado de Dios) y han mantenido con los dientes del odio más abismal (el odio de la impotencia) esa inversión, a saber, «¡los

miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos; [...] –en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos, vosotros sois, por toda la eternidad, los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y condenados!...».

(Nietzsche, 2005, pág. 46)

Para Nietzsche, esta moral del cristianismo va a ser nociva para la vida, puesto que la niega junto con el cuerpo, sólo para afirmar la vida en el más allá, una vida incierta.

## 1.2 Transición de la moral cristiana a la culpa

Esta moral cristiana dará un salto en el estudio nietzscheano y pasará a estar en relación con el concepto de *culpa*<sup>3</sup>, y por tanto, con el concepto de *deuda*<sup>4</sup>, teniendo en cuenta que, en alemán, el primero procede del segundo: “Esos genealogistas de la moral habidos hasta ahora, ¿se han imaginado, aunque sólo sea de lejos, que, por ejemplo, el capital concepto moral «culpa» (*Schuld*) procede del muy material concepto «tener deudas» (*Schulden*)?” (Nietzsche, 2005, pág. 82). Para explicar dicha relación, él hace un recorrido por el desarrollo del sentimiento de justicia en la humanidad, recorrido en el que ilustra el tratamiento que la sociedad ha hecho sobre aquel que infringe la ley.

Este concepto de *culpa*, para Friedrich Nietzsche tiene cuatro matices que serán explicados a continuación: el primero es la culpa ante otro, que surge a partir de la relación

---

<sup>3</sup> Se ha intentado ahondar hasta el momento en el concepto de culpa como un concepto anclado a la forma en que la conciencia se auto-flagela frente a una deuda. En la introducción de este trabajo se esclareció en otro pie de página la importancia que tienen la deuda y la mala conciencia en la creación de la culpa.

<sup>4</sup> La deuda es explicada en un principio como una actividad material, que pasa al plano de lo psicológico. La deuda es importante en tanto se le paga al damnificado. Aun así, la deuda de la que habla el filósofo puede llegar a ser perpetua y generar un achicamiento de la voluntad de poder del deudor.

entre acreedor<sup>5</sup> y deudor<sup>6</sup>, en la cual habrá un surgimiento de lo cruel, puesto que, dado el caso de que el deudor no cumpla su promesa con el acreedor, este último podrá realizar todo tipo de torturas sobre el cuerpo del otro tanto como considere suficiente para compensar la deuda. Este método de compensación es bastante particular, dado que no se restituye la deuda con dinero, propiedades, o bienes de este tipo, sino con el *sentimiento de bienestar* del acreedor al descargar su poder sobre el cuerpo del deudor: “Al acreedor se le concede, como restitución y compensación, una especie de *sentimiento de bienestar*, - el sentimiento de bienestar del hombre a quien le es lícito descargar su poder, sin ningún escrúpulo, sobre un impotente” (Nietzsche, 2005, pág. 84).

El segundo está relacionado con la culpa con una comunidad, donde se mantiene aún la relación mencionada previamente entre acreedor y deudor, pero esta vez es entre la comunidad y sus miembros. Cada uno de ellos disfruta de las comodidades de aquella, al mismo tiempo que se ve empeñado y obligado en caso de ocasionarle algún daño. Dado el caso, el miembro se convierte en un «infractor» que atenta contra su acreedor, lo cual lo lleva a perder las ventajas de las que gozaba. La ira de la comunidad le devuelve al estado salvaje y sin ley al que antes pertenecía: lo convierte en un proscrito. Pero, a medida que el poder en la sociedad aumenta, ésta deja de concederle tanta importancia a las infracciones del individuo y de considerarlas tan peligrosas. El infractor ya no es expulsado de la comunidad

---

<sup>5</sup> Se entiende que “una persona, física o jurídica, es acreedora de otra si está autorizada legítimamente para exigirle pago o cumplimiento de una obligación contraída con anterioridad” (Wikipedia, 2022). En la exposición genealógica del filósofo, el acreedor representa en un inicio una figura física, y referencia una actividad comercial, un objetivo social externo. No obstante, a medida que la exposición avanza, el acreedor, aquel que cobra las deudas, pasa a ser Dios, la religión, el sacerdote, etc. En definitiva, el acreedor cobra una deuda metafísica.

<sup>6</sup> Se entiende que “el deudor o prestatario es aquella persona natural o jurídica que tiene la obligación de satisfacer una cuenta por pagar contraída a la parte acreedora o prestamista” (Wikipedia, 2022). El deudor es fundamental en la explicación de Nietzsche, pues éste es el que posteriormente cargará la culpa y la mala conciencia y, en últimas, es quien infringirá la crueldad contra otros y sobre todo, contra sí mismo.

sino que es protegido por ella. Este factor junto con el de separar al delincuente de su acción, son características del desarrollo del derecho penal. De esta manera, la justicia, que pregonaba que todo debía ser pagado, termina por absolver al infractor:

Cuando su poder se acrecienta, la comunidad deja de conceder tanta importancia a las infracciones del individuo, pues ya no le es lícito considerarlas tan peligrosas y tan subversivas para la existencia del todo como antes: el malhechor ya no es «proscrito» y expulsado, a la cólera general ya no le es lícito descargarse en él con tanto desenfreno como antes, sino que a partir de ahora el malhechor es defendido y protegido con cuidado, por parte del todo, contra esa cólera y, en especial, contra la de los inmediatos perjudicados. (Nietzsche, 2005, págs. 93-94)

El tercer aspecto es la culpa consigo mismo, ocasionada por la dolencia que sufrió el hombre al verse obligado a hacer una modificación en su estilo de vida, es decir, de pasar a estar adaptado al vagabundaje y la aventura, a verse de presto encerrado en una sociedad. A partir de este momento, el hombre no fue guiado por sus instintos sino por su conciencia. Estos instintos buscaban siempre su satisfacción, sólo que resultaba difícil y pocas veces posible llevarla a cabo gracias a las penas que imponía la sociedad, lo que provocó que estos instintos inhibidos dieran vuelta hacia atrás, o sea, volviesen contra el hombre mismo:

El hombre que, falto de enemigos y resistencias exteriores, encajonado en una opresora estrechez y regularidad de las costumbres, se desgarraba, se perseguía, se mordía, se roía, se sobresaltaba, se maltrataba impacientemente a sí mismo, este animal al que se quiere «domesticar» y que se golpea furioso contra los barrotes de su jaula, este ser al que le falta algo, devorado por la nostalgia del desierto, que tuvo que crearse a base de sí mismo una aventura, una cámara de suplicios, una selva

insegura y peligrosa –este loco, este prisionero añorante y desesperado fue el inventor de la «mala conciencia». Pero con ella se había introducido la dolencia más grande, la más siniestra, una dolencia de la que la humanidad no se ha curado hasta hoy, el sufrimiento del hombre *por el hombre, por sí mismo*. (Nietzsche, 2005, pág. 109)

El cuarto aspecto de la culpa es ante Dios, la culpa por pecado original. En este punto, la culpa se siente por temor ya no al castigo del otro o de la comunidad, sino a la justicia divina.

Después de hacer este repaso de las 4 nociones de culpa, es evidente que ésta no tiene un carácter meramente material, sino también un carácter moral. Al igual que como sucede con la moral cristiana, en el campo de la *culpa* también se circunscriben los “valores” que en la primera se denominaban buenos y que lograron realizar esa inversión de valores, es decir que, en el momento en que el ser humano se siente culpable también siente odio, resentimiento, sumisión, sentimientos que son producto de una moral cristiana y lo conducirán a ser cruel consigo mismo. Tanto la culpa como la deuda tienen una estrecha relación con la crueldad, en el sentido que el deudor, además de tener la deuda siente también culpa, lo cual lo lleva a sentirse mal consigo mismo por no hallar un mecanismo o una forma para saldar la deuda. Por el lado del acreedor, su relación con la crueldad va a ser en cuanto a las formas de cobrar la deuda, puesto que desde la perspectiva de Nietzsche, ese pago será vía al dolor. El dolor siempre será el objeto último con el cual se puede pagar aquella deuda que se ha generado. O, en otras palabras, como afirma María Paulina Mejía en su artículo de revista titulado *Culpa y deuda* de la revista *Affectio Societatis*:

Nos encontramos desde esta forma de ejercer la justicia, que el culpable es un deudor que ha violado un tratado y que debe restituir el daño causado con su propio dolor,

compensación de un perjuicio que se explica por el goce que esto le provee al acreedor. (Mejía, 2002, pág. 3)

Por otra parte, desde la perspectiva nietzscheana, en el momento en que se siente culpa se es cruel consigo mismo porque se pasa a ser un negador de la vida y del cuerpo para afirmar la vida en el más allá. Fruto de ello, surgió en el hombre “la dolencia más grande” como diría Friedrich Nietzsche, surgió la conciencia, la cual generará en el hombre un efecto de crueldad no sólo contra los demás, sino contra sí mismo. Pero este tema se desarrollará en el siguiente apartado.

### **1.3 La crueldad en la conciencia**

La conciencia no es una condición *sine qua non* para no ejercer la crueldad. Se dice que la niñez es malvada porque en esta etapa el niño realiza actos crueles a modo de experimentos con lo que tenga a la mano, animales o insectos, pero que lo que lo lleva a realizar estos actos es el hecho de no haberse desarrollado en ellos lo que se conoce como la *conciencia*, la cual va apareciendo a medida que vamos creciendo y nos dicta que, si ejercemos actos crueles a otros, ellos los van a sentir igual que nosotros. Pero lo anterior no parece del todo cierto cuando observamos los actos crueles realizados por la humanidad a lo largo de la historia y cuando ya gozaban de una edad madura, tales como las conquistas de unos países sobre otros, las guerras o la inquisición, momentos en donde no sólo se sometía a las personas a actos crueles sino a la muerte en diversas formas, como por ejemplo en el último mencionado donde las formas eran la horca, la guillotina, o la hoguera. Pero, en este momento específico de la historia, este tipo de ejecuciones o actos crueles se hacían en público para que, mediante éstos, a las personas se les fueran quedando grabadas en la memoria las formas de pensar o de obrar que no debían hacer. En el marco histórico de la inquisición, la ley imperante era la

de la iglesia, y todo el que fuera en contra de ella era condenado como hereje o brujo y, posteriormente, sometido a las penas ya mencionadas. Valga aclarar que aquí, aun cuando ya estaba desarrollada la conciencia en el hombre, la crueldad sólo se ejercía para descargar todo tipo de afrentas sobre los demás o para demostrar poder sobre ellos. Aunque, en un posterior desarrollo, se mostrará que la crueldad no se manifiesta únicamente de esa manera, sino que también se interioriza y se vuelve hacia uno mismo.

Esta última concepción de la crueldad es a la que se referirá Nietzsche como la causante del surgimiento de la mala conciencia, puesto que ella no es algo sustancial al ser humano sino producto de una herencia cristiana. Para el filósofo alemán, la mala conciencia al ser una conciencia obligada, adquiere inmediatamente un carácter negativo. Desde el momento en que llegamos al mundo tenemos instaurada una deuda con Dios, una deuda que, como dirá Joan-Carles Mèlich en su texto *Lógica de la crueldad* (2014), es insalvable, puesto que Dios nos ha dado mucho más de lo que nosotros podemos devolverle. Por lo anterior, se genera en el hombre un sentimiento de culpa que se interioriza y, una vez dentro, es casi imposible desprendernos de él. Pero este sentimiento de culpa, en el contexto cristiano está bien visto, es *normal* dirá Mèlich (2014). Para Nietzsche, esta idea es terrible, porque, además de que niega la vida, hace que el hombre se sienta despreciable no sólo ante los otros, sino lo que es peor, ante sí mismo.

Es en este punto donde surge la que para Mèlich es la tesis más innovadora del estudio nietzscheano, la peor crueldad, la que se ejerce contra sí mismo:

Para Nietzsche, y esta es su tesis más innovadora, *la crueldad más importante es la que se ejerce contra uno mismo*. Esa es la crueldad más terrible, y es la que hemos heredado de la tradición metafísica, del cristianismo. Porque es el advenimiento del



Dios cristiano, que para Nietzsche es el Dios máximo al que hasta ahora se ha llegado, también es el que ha provocado este terrible sentimiento de culpa del que no podemos desprendernos. (Mèlich, 2014, pág. 90)

Como se ha mencionado antes, generalmente, se entiende la crueldad como una acción ejercida contra otro(s) o que se exterioriza. Pero Nietzsche va a plantear una alternativa diferente frente a esta noción tan común, a saber, la de una crueldad que se vuelve contra uno mismo, que hiere, que golpea, que afecta nuestro propio ser. Eso es lo interesante de la propuesta de Nietzsche, y al mismo tiempo, lo cruel, lo duro de la misma. Porque frente a la crueldad ajena se puede escapar, o en algún momento se puede hallar una tregua, pero no así frente a la propia conciencia, que juzga sin miramientos, sin delicadeza, que en cada momento arremete implacablemente contra la conciencia, la que se podría decir la parte más débil del ser humano frente a la crueldad.

## II: La inversión de la crueldad en Friedrich Nietzsche

Retomar el concepto de moral en Nietzsche, para poder aclarar también el acto en sí de valorar, conceptos ambos muy importantes para entender la crueldad y cómo funciona en la sociedad, será el propósito de este capítulo. Si tenemos en cuenta que en la *Genealogía de la moral*, el filósofo sostiene que lo bueno y malo, bueno y malvado, sufren una inversión, una inversión hecha, como ya se ha explicado en el capítulo anterior, por reacción de una casta sacerdotal frente a una moral y espíritu guerrero, es entonces momento de aclarar que la moral no responde exclusivamente a una imposición de una sociedad determinada, sino que en este proceso también participa un ánimo, una actitud, una psicología, una suerte de carácter frente al actuar. Deleuze, al respecto, sostiene:

El concepto de valor, en efecto, implica una inversión crítica. Por una parte, los valores aparecen o se ofrecen como principios: una valoración supone valores a partir de los cuales ésta aprecia los fenómenos. Pero, por otra parte, y con mayor profundidad, son los valores los que suponen valoraciones, *puntos de vista de apreciación*, de los que se deriva su valor intrínseco. El problema crítico es el valor de los valores, la valoración de las que procede su valor, o sea, el problema de su creación. [...] Las valoraciones, referidas a su elemento, no son valores, sino maneras de ser, modos de existencia de los que juzgan y valoran, sirviendo precisamente de principios los valores en relación a los cuales juzgan (Deleuze, 1998, pág. 8).

Con este contexto ya es mucho más claro entender cuál es la tesis de Nietzsche. Por un lado, se trata de crear una genealogía que dé cuenta de la forma en la que su sociedad funciona moralmente (que, con años de desarrollo sigue siendo la nuestra o, al menos, una con la que

guardamos estrecha relación, la occidental cristiana), pero por otro también se trata de una postura crítica frente a esta misma moral débil, baja, que no permite o no “valora” la fuerza:

Hay cosas que no pueden decirse, sentir o concebirse, valores en los que solo puede creerse a condición de valorar “bajo”, de vivir y pensar “bajamente”. He aquí lo esencial: Lo alto y lo bajo, lo noble y vil no son valores, sino representación del elemento diferencial del que se deriva el valor de los propios valores (Deleuze, 1998, pág. 8).

Esta consideración invita entonces a profundizar sobre lo aceptado y no aceptado en la moral de una sociedad y amplía la comprensión que de la moral del esclavo y la moral del guerrero se ha venido trabajando:

La distinción entre moral de señores y moral de esclavos existe desde tiempos inmemoriales; hay actitudes axiológicas que brotan de la vida súper-rica, rebosante, de la vida que se prodiga y otras que nacen de la indigencia y de la miseria de los perjudicados por la vida, de los enfermos, los débiles, los miserables y los agobiados (Fink, s.f., p. 104)

No obstante, si se tiene en cuenta que, siguiendo la línea expositiva de Deleuze, la moral es también una cuestión de actitud, de “personalidad” que sostiene dicha moral, se entiende que hay más factores en juego a la hora de actuar de determinada manera, como podrían ser el orgullo, el regocijo personal por ser. Nietzsche deja entrever esta idea en el preámbulo a su explicación de la mala conciencia:

De antemano se adivina que el concepto “conciencia”, que aquí encontramos en su configuración más elevada, casi paradójica, tiene ya a sus espaldas una larga historia,

una prolongada metamorfosis. Que al hombre le sea lícito responder de sí mismo, y hacerlo con orgullo, o sea, que al hombre le sea lícito decir sí también a sí mismo. (Nietzsche, 2005, p. 79)

Por supuesto, la relación entre el orgullo de ser quien se es y la mala conciencia es innegable, pues al final, esta mala conciencia radica en la sensación de culpa y necesidad de autocastigo que se infringe el individuo por no cumplir las exigencias de la moral, por no ser buenos vasallos de la moral.

Herederos de Sócrates y Platón, por una parte, y del cristianismo, por otra, occidente ha generado un sentimiento que es, a la vez, de deuda y de culpa, y que se convertirá, en último término, en crueldad hacia uno mismo. Somos, a los ojos de Nietzsche, herederos de una lógica cruel de la que no podemos liberarnos, una lógica de la mala conciencia, esto es, una lógica de la culpa (Mèlich, 2014, p. 87).

Ahora bien, lo que sugiere el filósofo es que la mala conciencia es producto de una interiorización del juicio moral (deuda y culpa), una suerte de policía, de mirada propia sobre sí mismo, sobre los instintos salvajes que ya no son aceptados, ni premiados socialmente y a los que el individuo sucumbe. Con esto, la culpa, la sensación de ser “inmoral”, desemboca y se convierte en crueldad contra sí, una crueldad que busca ser juez y castigo contra aquellas faltas. En la *Genealogía de la moral*, Nietzsche argumenta:

Yo considero que la mala conciencia es la profunda dolencia a que tenía que sucumbir el hombre bajo la presión de aquella modificación, la más radical de todas las experimentadas por él, de aquella modificación ocurrida cuando el hombre se encontró definitivamente encerrado en el sortilegio de la sociedad y de la paz. (...)

Aquellos terribles bastiones con que la organización estatal se protegía contra los viejos instintos de la libertad -las penas sobre todo cuentan entre tales bastiones-, hicieron que todos aquellos instintos del hombre salvaje, libre, vagabundo, diesen vuelta atrás, se volvieran contra el hombre mismo. La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresión, en el cambio, en la destrucción –todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos: ese es el origen de la mala conciencia. (...) Pero con ella se había introducido la dolencia más grande, la más siniestra, una dolencia de la que la humanidad no se ha curado hasta hoy, el sufrimiento del hombre por el hombre, por sí mismo (Nietzsche, 2005, p. 108-109).

Para Nietzsche, esta interiorización no fue arbitraria. Precisamente Deleuze refiere a este hecho resaltando:

Es aquí donde puede verse la doble lucha de Nietzsche: contra los que sustraen los valores a la crítica, contentándose con hacer inventario de los valores existentes o con criticar las cosas en nombre de valores ya establecidos: los obreros de la filosofía, Kant y Schopenhauer. Pero también contra los que critican o respetan los valores haciéndolos derivar de simples hechos, de pretendidos hechos objetivos: los utilitaristas, los sabios (Deleuze, 1998, pág. 8).

Para Nietzsche la cuestión va más allá. Se trata precisamente de poder volver atrás y entender el devenir de los valores, de la valoración de estos valores. Así, ciñéndose a su orden expositivo, intenta aclarar cómo él concibe la transición de una moral fuerte a una moral de esclavo. Intenta aclarar su postura de que aquello fue un hecho brusco, traumático, un proceso que tuvo que ser necesariamente posible gracias a una gran represión de los instintos, una crueldad exterior que se lograra interiorizar:

Entre los presupuestos de esta hipótesis sobre el origen de la mala conciencia se cuenta, en primer lugar, el hecho de que aquella modificación, no fue ni gradual ni voluntaria y que no se presentó como un crecimiento orgánico en el interior de nuevas condiciones, sino como una ruptura, un salto, una coacción, una inevitable fatalidad, contra la cual no hubo lucha y ni siquiera resentimiento. Pero, en segundo lugar, el hecho de que la inserción de una población no sujeta hasta entonces a formas ni a inhibiciones en una forma rigurosa iniciada con un acto de violencia fue llevada hasta el final exclusivamente con puros actos de violencia, que el “Estado” más antiguo apareció, en consecuencia, como una horrible tiranía, como una maquinaria trituradora y desconsiderada, y continuó trabajando de ese modo hasta que aquella materia bruta hecha de pueblo y de semianimal no solo acabó por quedar bien amasada y maleable, sino por tener también una forma (Nietzsche, 2005, p. 110-111).

Las palabras de Nietzsche sugieren, como se puede ver, hechos históricos, y podrían referirse a la forma en la que el Imperio Romano, de tradiciones greco-romanas (es decir, paganas), pasó a ser judeo-cristiano. Este suceso devino en una mejora de la calidad de vida de los cristianos en el Imperio y, por ende, en el continente, pero también dio inicio a la persecución paulatina del paganismo, el cual empezó a ser erradicado, perseguido, proscrito. Este contexto que sugiere Nietzsche, de Estado tirano, podría además referir a lo que ahora se conoce como Edad Media, periodo en el que la religión cristiana se convirtió en ley y se instauró durante un periodo no como principal, sino como la pretendida única explicación del mundo, un teocentrismo tan marcado que además persiguió pueblos y creencias, e impuso, como ya se sabe, unas conductas morales y una religión a sangre y fuego, primero en la misma Europa, pero posteriormente alrededor del mundo (África, Asia, América).

Aquí es importante recapitular. Ya se ha mostrado cómo la mala conciencia es contención de los instintos del ser humano que terminan volviendo contra sí. Se ha dejado claro que la mala conciencia es la que incuba la crueldad contra sí mismo, es el sentimiento de culpa que deviene en crueldad. No obstante, el análisis nietzscheano alrededor de este concepto no termina aquí. En la Genealogía de la moral dice: “La crueldad constituye en alto grado la gran alegría festiva de la humanidad más antigua, e incluso se halla añadida como ingrediente a casi todas sus alegrías” (Mèlich, 2014, p. 89). Dicha cita hace referencia a la forma en la que la sociedad está en deuda con sus antepasados. Una idea que más adelante en el libro deja muy clara:

¿Gratuitamente tal vez? No existe ninguna “gratuidad” para aquellas épocas toscas y “pobres de alma”. ¿Qué se puede dar como reintegro a los antepasados? Sacrificios (inicialmente para la alimentación, entendida en el sentido más tosco), fiestas, capillas, homenajes y, sobre todo, obediencia -pues todos los usos son también, en cuanto obras de los antepasados, preceptos y ordenes de aquellos (Nietzsche, 2005, p. 114).

Nietzsche es claro: Así es como se perpetúa la moral, así es como la moral se vuelve un juez en la conciencia, es como se convierte en mala conciencia y hace avergonzar, rechazar, inhibir al individuo sus instintos. Una sensación de deuda, de “buenas costumbres”, que deben cuidar, de las que, en caso de alejarse, se deberá tener rechazo, asco, repudio. Un compromiso de autosuperación que responda a lo dado, a lo que los mismos antepasados han sacrificado para estar en el presente. Así es como el individuo termina siendo cruel consigo mismo. Mèlich ofrece una interesante lectura:

Hemos sido formados en una cultura en la que se ha fomentado como virtud la crueldad hacia uno mismo. La autodisciplina, la autovigilancia, la autosuperación, el autocastigo, la autohumillación son virtudes propias de la tradición socrática-platónica que tiene un hondo calado en el cristianismo. Desde esta perspectiva, ante la que Nietzsche se horroriza, somos unos seres despreciables. Nos contemplamos y sentimos asco de nosotros mismos. Nada merecemos delante del Absoluto. Los seres finitos somos minúsculos ante el poder omnipresente y eterno del Creador. Hemos sido formados en una cultura en la que sentirse pecador es lo que está bien, es lo normal. (...) Es aquí el lugar en el que Nietzsche situará la crueldad, en el meollo de la moralidad, en su núcleo íntimo, en la mala conciencia. Es esa moralidad que hemos internalizado al modo de un sentimiento de culpa la que provoca que uno se sienta despreciable, no solo ante los demás sino, lo más grave, ante uno mismo.” (Mèlich, 2014, p. 90)

Por otra parte, Deleuze también sugiere, al respecto de la fuerza, de la voluntad que subyace a los instintos contenidos:

Separada de lo que puede, la fuerza activa no se evapora. Al volverse contra sí mismo, produce dolor. Ya no goza más de sí misma, sino que produce dolor. (...) “el sufrimiento, la enfermedad, la fealdad, la pena voluntaria, la mutilación, las mortificaciones, el propio sacrificio, se buscan como si fueran un placer”. El dolor, en lugar de estar controlado por las fuerzas reactivas, viene producido por la antigua fuerza activa, de la que resulta un fenómeno curioso, insondable: una multiplicación, una auto-fecundación, una híper-producción de dolor. La mala conciencia es la conciencia que multiplica su dolor, ha hallado el medio de hacerla fabricar: volver la



fuerza activa contra sí misma, la fábrica inmunda. Multiplicación del dolor por interiorización de la fuerza, por introyección de la fuerza, ésta es la primera definición de la mala conciencia (Deleuze, 1998, pág. 181).

Estas lecturas de Nietzsche ayudan a profundizar el concepto de crueldad. Así, queda claro que la crueldad ya excede la definición clásica de infracción de dolor frente a otros y pasa a ser la infracción de dolor, la condena y alegría frente al dolor contra sí mismo. Además, es importante traer a colación citas de Mèlich y de Deleuze, pues éstas son más actuales (Siglo XX) que las del propio Nietzsche (Siglo XIX) y permiten reflexionar sobre la forma en la que estas consideraciones morales han mutado hasta nuestros tiempos.

Por supuesto, la crueldad, la falta de regocijo frente a uno mismo, tiene que ser considerada en virtud de la moral a la que responde, de los estándares que dicha moral imperante ha sostenido y la forma en la que ha mutado con el tiempo. En ese sentido, la moral cristiana ha llegado al siglo XXI con bastante fuerza, juzgando e intentando detener el avance de determinadas voluntades que se sienten vulneradas por esta moral, pero sin lograr de todos modos detener unos avances que se han ido gestando con la emancipación femenina, con la reivindicación étnica, religiosa y cultural de civilizaciones, con el resurgimiento de identidades antes eclipsadas y condenadas de “inmorales” y pecaminosas.

### **3. Conclusiones**

Es objeto de sorpresa pensar en la vigencia que ha logrado mantener, a pesar del transcurrir de los miles de años, el discurso moral con que opera el cristianismo. Pero no sólo el cristianismo, sino las muchas otras variantes o alternativas que han venido surgiendo a este modelo de pensar y de obrar, es decir, las otras religiones, cada una con sus creencias y dioses diferentes. Porque, habrá que destacar algo positivo, y es que en nuestros tiempos, a diferencia de épocas pasadas, se ha ganado harto terreno en el campo del libre credo o la libre creencia. Hoy en día se es más flexible con respecto a esta situación.

Se puede afirmar que esta moral cristiana, en el fondo, fue uno de los mecanismos con el cual se logró invertir la manera en que se entiende la crueldad y pasó a estar en relación con los valores bajos y de poca monta. Pero, si el ser humano por naturaleza es cruel, ¿por qué hubo la necesidad de modificar o alterar esa crueldad? Ese es otro de los giros y juegos dialécticos con los que manipula el cristianismo. Se le dice al hombre que si es cruel se convierte en alguien malvado, razón por la cual perderá el privilegio de entrar en el reino de los cielos, de la bienaventuranza, de la felicidad en el más allá. Así las cosas, el hombre, con ese miedo en su corazón, se convertirá en un ser pasivo y sometido al dolor de no poder desahogar toda su naturaleza cruel, dejándola encerrada en los barrotes de su más profunda prisión humana.

Hubo un momento de la historia en que la crueldad tenía un sentido más severo y no ignoraba su naturaleza. De esta manera, el guerrero, el fuerte, reflejaban esa fuerza, esa vigorosidad y demás destrezas tan necesarias en ese contexto puesto que serían útiles para otros escenarios como la guerra o las competencias, prácticas que constituían al hombre debido a que en ellas se jugaba su vida. En este tiempo, los acuerdos eran respetados, la

palabra tenía verdadero valor: porque si se incumplían se podría disfrutar la posibilidad de asesinar a sangre fría, lo cual convertía la muerte en algo fantástico; se disfrutaba del banquete, de la fiesta de la crueldad. Pero al transcurrir el tiempo, y en especial con la creación de la sociedad y su derecho penal, la vida dio un giro y se comenzaron a considerar otras formas de tasación y compensación de deudas, lo que generó un tormento en las personas al no poder ejercer la crueldad como un acto de valentía, y deber ahora refundirlo en su interior.

La forma de crueldad que plasma en la memoria las formas en que no se debe actuar o pensar en la sociedad, en ocasiones no es tenida en cuenta como tal, es decir, como una forma de crueldad. Casi siempre (por no decir que siempre) el tipo de crueldad que no se convierte en tortura contra los otros, que no implica lesiones físicas contra los otros, en otras palabras, que no salpica de sangre a los demás, pasa inadvertida. La crueldad sólo se relaciona con la violencia y la sangre, olvidando así la crueldad que se ejerce sobre la memoria y la conciencia de las personas, esa de la que es más difícil curarse como nos dice Nietzsche, simplemente, porque no se puede ocultar u olvidar. De la crueldad ajena nos podemos librar, mas no así de la que ejercemos desde nuestra propia conciencia.

Cuando se habla del tema de la crueldad entre los seres humanos, da la impresión de que no se incluye en ese selecto grupo a los animales, esos seres altamente sensitivos los cuales, es evidente, son de los que más sufren la crueldad. Desde el momento en que el ser humano se autoproclamó legislador sobre la naturaleza y los animales, estos últimos se convirtieron en un producto para el hombre, un producto tanto de explotación y consumo como de comercio. El hombre, a partir de que dio este paso, se situó, injusta y arbitrariamente, en un escalón por encima de los animales, olvidando así que ellos, al ser parte de la misma

naturaleza que aquél, merecen un trato y respeto semejante al que se brindan entre semejantes.

En este sentido, con respecto a la crueldad dirigida hacia los animales, se puede observar que se ha maquillado para que parezca aceptable, así, se puede observar de qué manera, algunas personas disfrutan de una corrida de toros con el fin de ver morir al animal después de un agonizante espectáculo. Es más, este tipo de eventos llegan a ser considerados como “arte” con el fin de que no se pueda llevar a cabo su prohibición.

Lo anterior debería invitarnos a pensar en si lo que llamamos ahora “cultura” ha sido un avance para la humanidad, con todo lo que la palabra ‘avance’ puede implicar, tanto un avance en lo industrial, como en lo tecnológico y otras áreas de esta índole, o, si más bien, ha sido una involución o distrofia, no sólo para el ser humano, sino para el planeta entero. La represión es tan grande en estos contextos, que el ser humano se ve forzado a practicar diversas actividades para así desahogarse un poco y exteriorizar toda la crueldad acumulada en su interior, ya sea con videojuegos que impliquen muertes o cosas por el estilo, o deportes en los cuales el contacto físico deba ser fuerte.

El ser humano, a medida que pasa el tiempo, oculta o niega cada vez más su profunda naturaleza. A su autocastigo le llama su desarrollo. Y de paso, con él viene construyendo de la mano su destrucción futura. Para terminar, se habrá de dejar planteada una pregunta abierta: ¿De verdad, el paso del ser humano a la civilidad ha sido fructífero, tanto para él como para la naturaleza que lo rodea?

## Referencias bibliográficas

- Castro Orellana, R. (25 de Febrero de 2016). *www.youtube.com*. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=Vx4IO9nOpLY&t=1s>
- Deleuze, G. (1998). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- Fink, E. (2019). *La filosofía de Nietzsche*. Barcelona: Herder.
- Mejía, M. P. (2002). Culpa y deuda. *Affectio Societatis*, 3.
- Mèlich, J.-C. (2014). *Lógica de la crueldad*. Barcelona: Herder.
- Nietzsche, F. (2005). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.